

LA ASAMBLEA DE LAS MUJERES

(Praxágora en el escenario y las mujeres van saliendo de detrás de la casa)

PRAXÁGORA. – *(Adelantándose con una lámpara en la mano).* ¡Brillante resplandor de mi lámpara de arcilla, que desde esta altura atraes todas las miradas; tú, cuyo nacimiento y aventuras quiero celebrar, hija de la rápida rueda del alfarero, émula del sol por el fulgor radiante de tu pábilo, haz con los movimientos de tu llama la convenida señal! Tú eres la única confidente de nuestros secretos, y lo eres con motivo, pues cuando en nuestros dormitorios ensayamos las diferentes posiciones del amor, sola nos asistes y nadie te rechaza por testigo de sus voluptuosos movimientos. Tú sola, al abrasar su vegetación feraz, iluminas nuestros recónditos encantos. Tú sola nos acompañas cuando furtivamente penetramos en las despensas llenas de báquicos néctares y sazonadas frutas; y, aunque cómplice de nuestras fechorías, jamás se las revelas a la vecindad. Justo es, por tanto, que sepas también los actuales proyectos aprobados por las mujeres mis amigas en las fiestas de los Esciros. Pero ninguna de las que deben acudir se presenta, y empieza ya a clarear el día y de un momento a otro dará comienzo la asamblea. Es necesario apoderarnos de nuestros puestos. ¿Qué les ocurrirá? ¿Quizá no habrán podido ponerse las barbas postizas, como quedó acordado? ¿Les será difícil apoderarse de los trajes de sus maridos?

¡Ah! Allí veo una luz que se aproxima. Voy a retirarme un poco, no sea un hombre.

MUJER PRIMERA. – Ya es hora de marchar: cuando salíamos de casa, el gallo ha cantado por segunda vez.

PRAXÁGORA. – Yo he pasado toda la noche en vela esperándoos. Aguarda, voy a llamar a esta vecina arañando suavemente su puerta; porque es preciso que su marido nada note.

MUJER SEGUNDA. – Ya he oído, al ponerme los zapatos, el ruido de tus dedos, pues no estaba dormida; mi marido, que es un marinero de Salamina, me ha estado dando con el remo toda la noche; en ese mismo momento he podido por fin apoderarme de sus vestidos.

MUJER PRIMERA. – Ya vienen Clináreta, Sóstrata y su vecina Filéneta.

PRAXÁGORA. – ¡Apresuraos! Glice ha jurado que la que llegue la última pagará en castigo tres vasos de vino y un puñado de garbanzos.

MUJER PRIMERA. – ¿Ves a Melística, la mujer de Esmicition, que viene con los zapatos de su marido? Esa es la única, a mi parecer, que se ha separado sin dificultad de su esposo.

MUJER SEGUNDA. – Mirad a Gensístrata, la mujer del tabernero, con su lámpara en la mano, acompañada de las esposas de Filodoreto y Querétades.

PRAXÁGORA. – Veo también a otras muchas, flor y nata de la ciudad se dirigen hacia nosotros.

MUJER TERCERA. – Querida mía, me ha costado un trabajo infinito el poder escaparme de casa sin que me vieran. Mi marido ha estado tosiendo toda la noche por haber cenado demasiadas sardinas.

PRAXÁGORA. – Ya que estáis reunidas, decidme si habéis cumplido o no lo que acordamos en la fiesta de los Esciros.

MUJER CUARTA. – Yo, sí. Lo primero que hice, como convinimos, fue ponerme los sobacos más hirsutos que un matorral. Después, cuando mi marido se iba a la plaza, me untaba con aceite de pies a cabeza y me tostaba al sol durante todo el día.

MUJER QUINTA. – Yo también he suprimido el uso de la navaja, para estar completamente velluda y no parecer mujer en nada absolutamente.

PRAXÁGORA. – ¿Traéis las barbas con que acordamos presentarnos en la asamblea?

MUJER CUARTA. – ¡Por Hécate! Yo tengo una hermosísima.

MUJER QUINTA. – Y yo, otra más bella que la de Epícrates.

PRAXÁGORA. – Y vosotras, ¿qué decís? También veo que os habéis provisto de lo demás, pues traéis calzado espartano, bastones y trajes de hombre, como dijimos.

MUJER SEXTA. – Yo traigo el bastón de Lamia, a quien se lo he quitado mientras dormía.

MUJER QUINTA. – ¡Por Zeus salvador! Si ese hombre se pusiera la piel de Argos, sería el único para administrar la cosa pública.

PRAXÁGORA. – Ea, mientras hay todavía estrellas en el cielo, dispongamos lo que debemos hacer, pues la asamblea, para la cual venimos dispuestas, empezará con la aurora.

MUJER PRIMERA. – ¡Por Zeus! Tú debes tomar asiento al lado de la tribuna, frente a los Pritáneos.

MUJER SÉPTIMA. – Yo me he traído esta lana para hacer punto durante la asamblea.

PRAXÁGORA. – ¿Durante la asamblea? ¡Desdichada!

MUJER SÉPTIMA. – Por supuesto. ¿Dejaré de oír porque esté haciendo punto? Tengo a mis hijitos desnudos.

PRAXÁGORA. – ¡Esta quiere ponerse a hacer punto cuando es preciso no dejar ver a los asistentes ninguna parte de nuestro cuerpo! ¡Estaría bonito que en medio de la multitud una de nosotras se lanzase a la tribuna y se dejase ver al natural! Por el contrario, si envueltas en nuestros mantos ocupamos los primeros puestos, nadie nos reconocerá; y si además sacamos fuera del embozo nuestras soberbias barbas y las dejamos extenderse sobre el pecho, ¿quién será capaz de no tomarnos por hombres? Por tanto, yo os conjuro por el día

que va a nacer, a que acometamos esta audaz y grande empresa para ver si logramos apoderarnos del gobierno en pro de la república; porque al presente ni a remo ni a vela se mueve la nave del Estado.

MUJER NOVENA. – Pero ¿cómo podrán encontrarse oradores en una junta de mujeres?

PRAXÁGORA. – Nada más fácil. Es cosa corriente que los jóvenes más pervertidos sean en general los de mejor palabra, y, por fortuna, esta condición no nos falta a nosotras.

MUJER DÉCIMA. – No sé, no sé; la inexperiencia es peligrosa.

PRAXÁGORA. – Por eso mismo nos hemos reunido aquí, para preparar nuestros discursos. vamos, poneos pronto las barbas, tú y todas las que se han ejercitado en hablar.

MUJER OCTAVA. – Pero, loca, ¿quién de nosotras no sabe hablar?

PRAXÁGORA. – Ea, ponte la barba y conviértete cuanto antes en hombre. Aquí dejo las coronas; ahora me voy a plantar yo también la barba, por si acaso tengo necesidad de decir algo.

MUJER SEGUNDA. – Querida Praxágora, ¡mira, mira qué ridiculez!

PRAXÁGORA. – ¿Cómo ridiculez?

MUJER SEGUNDA. – Nuestras barbas parecen una sarta de calamares asados.

PRAXÁGORA. – ¿Quién quiere usar de la palabra?

MUJER OCTAVA. – Yo.

PRAXÁGORA. – Ponte esa corona, y buena suerte.

MUJER OCTAVA. – (*Poniéndose la corona*). Ya está.

PRAXÁGORA. – Empieza, pues.

MUJER OCTAVA. – ¿Antes de beber?

PRAXÁGORA. – ¿Cómo beber?

MUJER OCTAVA. – Pues si no, necia, ¿para qué necesito la corona?

PRAXÁGORA. – Vete; quizá allí nos hubieras hecho lo mismo.

MUJER OCTAVA. – Pero, ¿suelen beber los hombres en la asamblea?

PRAXÁGORA. – Y dale con beber.

MUJER OCTAVA. – Sí, por Ártemis, y de lo más puro. Además, si no hubiese vino, ¿cómo harían las libaciones a Zeus y demás ceremonias?

PRAXÁGORA. – Vete y siéntate; no sirves para nada. ¿Hay alguna que quiera hablar?

MUJER PRIMERA. – Yo.

PRAXÁGORA. – Pues ponte la corona; la cosa marcha. Procura pronunciar un discurso bello y vigoroso, apoyándote con majestad sobre tu bastón.

MUJER PRIMERA. – “No puedo consentir, por lo que a mí respecta, que en las tabernas se construyan aljibes, ¡No, por las dos diosas...!”

PRAXÁGORA. – ¡Por las dos diosas! ¿En qué estás pensando?

MUJER PRIMERA. – ¿Qué hay? Todavía no te he pedido de beber.

PRAXÁGORA. – Es verdad; pero, siendo hombre, has jurado por las dos diosas; lo demás ha estado bien.

MUJER PRIMERA. – Tienes razón, por Apolo.

PRAXÁGORA. – ¡Basta! No doy un paso para ir a la asamblea sin que todo quede perfectamente arreglado.

MUJER PRIMERA. – Dame la corona; voy a arengar de nuevo. Ahora ya creo que lo he pensado bien. “En cuanto a mí, ¡oh, mujeres aquí reunidas...!”

PRAXÁGORA. – ¡Desdichada! Ahora dices “mujeres”, en vez de hombres.

MUJER PRIMERA. – Epígono tiene la culpa. Le estaba mirando, y he creído que hablaba delante de mujeres.

PRAXÁGORA. – Retírate a tu asiento. Yo misma hablaré por vosotras y me ceñiré la corona, pidiendo antes a los dioses que concedan un éxito feliz a nuestra empresa.

“La felicidad de este país me interesa tanto como a vosotros, y me duelen y lastiman los desórdenes de nuestra ciudad. La veo, en efecto, siempre gobernada por perversos jefes, y considero que si uno llega a ser bueno un solo día, luego es malo otros diez. ¿Queréis encomendar a otro el gobierno? De seguro que será peor. Difícil es, ciudadanos, corregir ese vuestro decontentadizo humor, que os hace acometer a los que os aman y suplicar incesantemente a los que os detestan.”

TODAS. – *(Primero con voz de hombre, y luego con voz de mujer).* ¡Muy bien dicho, por Afrodita!

PRAXÁGORA. – ¡Infeliz, has nombrado a Afrodita! Apañadas estamos si salís con esa pata de gallo en la asamblea.

TODAS. – (*Con voz de mujer*). Pero no lo diremos.

PRAXÁGORA. – Bueno es que no te acostumbres.

“Cuando deliberábamos sobre la alianza, todo el mundo decía que era inminente la perdición de la república si no se llegaba a hacer; hízose por fin y todo el mundo llevó tan mal, que el orador que la había aconsejado huyó y no ha vuelto a aparecer.”

TODAS. – (*Con voz de hombre*). ¡Qué hombre tan hábil!

PRAXÁGORA. – “Pero si me atendéis, aún podéis salvaros. Mi opinión es que debe entregarse a las mujeres el gobierno de la ciudad, ya que son intendentes y administradoras de nuestras casas.

TODAS. – (*Con voz de hombre*). ¡Bravo!, ¡Bravo!, prosigue amigo.

PRAXÁGORA. – “Os demostraré que son infinitamente más sensatas que nosotros. En primer lugar, todas, según la antigua costumbre, lavan la lana en agua caliente, y jamás se las ve intentar temerarias novedades. Si la ciudad de Atenas imitase esta conducta y se dejase de innovaciones peligrosas ¿no tendría asegurada su salvación? Se sientan para freír las viandas, **como antes**; llevan la carga en la cabeza, **como antes**; celebran las Tesmoforias, **como antes**; amasan las tortas, **como antes**; hacen rabiar a sus maridos, **como antes**; ocultan en casa a los galanes, **como antes**; sisan, **como antes**; les gusta el vino puro, **como antes**; y se complacen en el amor, **como antes** (*con voz de mujer*). Entregándoles, ¡oh ciudadanos!, las riendas del gobierno, no nos cansemos en inútiles disputas ni les preguntemos lo que van a hacer; dejemoslas en plena libertad de acción, considerando solamente que, como son madres, pondrán todo su empeño en economizar soldados. Además, ¿quién suministrará con más celo las provisiones que la que les parió? La mujer es ingeniosísima, como nadie, para reunir riquezas; y si llegan a mandar, no se las engañará fácilmente, por cuanto ya están acostumbradas a hacerlo. No enumeraré las demás ventajas; seguid mis consejos y seréis felices toda la vida”.

MUJER PRIMERA. – ¡Divina, admirable, dulcísima Praxágora! ¿Dónde has aprendido a hablar tan bien, amiga mía?

PRAXÁGORA. – En el tiempo de la fuga habité con mi esposo en el Pnix, y, a fuerza de oír a los oradores, he aprendido a arengar.

MUJER PRIMERA. – Ya no me extraña que seas tan hábil y elocuente. ¡Tú serás nuestro jefe!

MUJER SEGUNDA. – Todo eso está perfectamente dispuesto; pero de lo que no nos hemos ocupado es de la manera de levantar las manos en la asamblea nosotras, que sólo estamos acostumbradas a levantar las piernas.

PRAXÁGORA. – Eso es lo difícil, y, sin embargo, no hay más remedio que alzar las manos, descubriendo el brazo hasta el hombro. Vamos, levantáos las túnicas y poneos pronto los zapatos espartanos, como habéis

visto que lo hacen vuestros maridos todos los días al salir o al dirigirse a la asamblea. En cuanto os hayáis calzado perfectamente, sujetaos las barba; después de atadas éstas con todo esmero, envolveos en los mantos sustraídos a vuestros esposos, y marchad, apoyándonos en los bastones y entonando alguna vieja canción, a imitación de los campesinos.

MUJER SEGUNDA. – Bien dicho; pero cojámosles la delantera, pues creo que otras mujeres vendrán del campo al Pnix.

PRAXÁGORA. – Apresuraos; ya sabéis que los que no están en el Pnix desde el amanecer, vuelven sin recibir el menor regalo.

BLÉPIRO. – ¿Qué es esto? ¿Adónde se ha marchado mi mujer? La aurora despunta ya y no aparece por ninguna parte. Largo rato hace que, atormentado por una perentoria necesidad, ando a oscuras buscando mi manto y mis zapatos; pero, a pesar de mi empeño, no he podido encontrarlos a tientas; y como el ciudadano excremento llama impaciente a mi puerta, me he visto obligado a coger este chal de mi mujer y a calzarme los borceguíes pérsicos. Mas, ¿dónde encontraré un lugar limpio en que poder cagar? ‘Eh!, de noche todos los sitios son buenos, y nadie me verá. ¡Pobre de mí! ¿Qué desgraciado soy por haberme casado en la vejez! ¡Oh, bien merezco ser majado a golpes! De seguro que no habrá salido para nada bueno. Pero sea lo que sea, ¡a cagar!

VECINO DE BLÉPIRO. – (*Entra meandose*) ¿Quién va? ¿No es mi vecino Blépiro? ¡Por Zeus!, el mismo. Dime, ¿qué es eso de color rojo?

BLÉPIRO. – He salido de casa con el vestido de color de azafrán que suele ponerse mi mujer.

VECINO. – ¿Pues dónde está tu manto?

BLÉPIRO. – No lo sé; lo he estado buscando mucho tiempo sobre la cama, y no lo he podido hallar.

VECINO. – ¿Y por qué no has dicho a tu mujer que te lo buscase?

BLÉPIRO. – ¡Si no está en casa! ¡Si se ha escurrido yo no sé cómo! por lo cual temo no me esté jugando alguna mala partida.

VECINO. – ¡Por Poseidón!, entonces te pasa lo mismo que a mí. También mi mujer ha desaparecido, llevándose el manto que suelo usar, y no es eso lo peor, sino que también me ha cogido los zapatos, pues no he podido encontrarlos en ninguna parte.

BLÉPIRO. – Por Dioniso, ni yo mi calzado espartano; y como apremiaba la necesidad, me he puesto a toda prisa sus coturnos, por no ensuciar la colcha, que está recién lavada.

VECINO. – ¿Qué podrá ser esto? ¿le habrá convidado a comer alguna de sus amigas?

BLÉPIRO. – Eso creo, porque no es mala, que yo sepa.

VECINO. – Pero, ¿estás cagando? Ya es hora de ir a la asamblea; pero tengo que hallar mi manto, pues no tengo más que uno.

BLÉPIRO. – Yo también, en cuanto acabe. Una maldita pera silvestre me obstruye la salida.

VECINO. – Será la misma que se le atravesó a Trasíbulo con motivo de los Lacedemonios.

BLÉPIRO. – ¡Por Dioniso, no hay quien lo arranque! ¿Qué haré? ¿Quién me traerá un médico? ¿Y cuál? ¿Cuál es el más entendido en esta especialidad de la obstetricia? Buscadme a Antístenes a toda costa; a juzgar por sus suspiros, debe ser práctico en esto de estreñimientos. ¡Augusta Lucina, no me dejes morir de esta obstrucción para ser después juguete de los cómicos!

CREMES. – ¡He, tú!, ¿qué haces? ¿Estás cagando?

BLÉPIRO. – ¿Yo?, no; me levanto; ya he concluido.

CREMES. – ¿Te has puesto el vestido de tu mujer?

BLÉPIRO. – Lo he cogido sin saber, en la oscuridad. ¿De dónde vienes tú?

CREMES. – De la asamblea.

BLÉPIRO. – Pues qué, ¿se ha terminado?

CREMES. – Ya lo creo, al amanecer. Por Zeus, me he reído bien agusto viendo la pintura roja extendida con profusión por todo el recinto.

BLÉPIRO. – ¿Habrás recibido el trióbolo?

CREMES. – ¡Ojalá! Llegué tarde; eso es lo que siento: volverme a casa con el zurrón vacío.

BLÉPIRO. – ¿Cómo ha ido eso?

CREMES. – Ha habido en la asamblea una concurrencia de hombres como no hay memoria. Al verles, les tomamos a todos por zapateros, pues sólo se veían rostros blancos en aquella muchedumbre que llenaba la asamblea; por eso no he cobrado el trióbolo, y como yo, otros muchos.

BLÉPIRO. – ¿de suerte que yo tampoco lo cobraría, aunque fuera?

CREMES. – No, por cierto; aunque hubieses ido al segundo canto del gallo.

BLÉPIRO. – ¡Infeliz de mí! ¡Oh Antíloco! Llórame más vivo sin el trióbolo que muerto con él; perdido soy. Pero ¿por qué acudió esa multitud tan temprano?

CREMES. – Los Pritáneos habían resuelto abrir un debate sobre medio de salvar la república. Luego ha subido a la tribuna un hermoso joven, muy blanco y parecido a Nicias, y ha empezado por decir que convenía entregar a las mujeres el gobierno de la república. Entonces la muchedumbre de zapateros empezó a alborotarse y a gritar que tenía razón; pero los habitantes del campo se opusieron vivamente.

BLÉPIRO. – Y les sobraban motivos, ¡por Zeus!

CREMES. – Pero eran menos. Mientras tanto el orador continuaba vociferando más y mejor, haciendo mil elogios de las mujeres y diciendo tempestades de ti.

BLÉPIRO. – Pues, ¿qué dijo?

CREMES. – Primero, que eras un bribón.

BLÉPIRO. – ¿Y tú?

CREMES. – No me preguntes todavía... Después, un ladrón.

BLÉPIRO. – ¿Yo sólo?

CREMES. – Sí, por cierto; y un delator.

BLÉPIRO. – ¿Yo sólo?

CREMES. – Tú y toda esa turba. “Las mujeres, proseguía, están llenas de discreción y dotadas de especial aptitud para atesorar; las mujeres no divulgan jamás los secretos de las Tesmoforias; al paso que tú y yo (añadía) revelamos siempre las decisiones del senado”.

BLÉPIRO. – Y no mentía, ¡por Hermes!

CREMES. – “Las mujeres, continuaba, se prestan una a otra vestidos, alhajas, plata, vasos, a solas, sin testigos, y se lo devuelven todo religiosamente, sin engañarse nunca, lo cual no hacemos la mayor parte de los hombres”.

BLÉPIRO. – ¡Por Poseidón!, es cierto, y aunque haya habido testigos.

CREMES. – “Las mujeres jamás delatan ni persiguen a nadie en justicia, ni conspiran contra el gobierno democrático”. En fin, concluyó concediéndoles todas las buenas prendas imaginables.

BLÉPIRO. – ¿Y qué se resolvió por último?

CREMES. – Encomendarles la dirección del Estado; es la única novedad que no se había ensayado en Atenas.

BLÉPIRO. – ¿Eso se decretó?

CREMES. – Yo te lo aseguro.

BLÉPIRO. – ¿De modo que quedan a cargo de las mujeres todas las cosas que antes estaban al nuestro?

CREMES. – Eso es.

BLÉPIRO. – ¿Y en vez de ir yo, será mi mujer la que vaya al tribunal?

CREMES. – Y tu mujer y no tú será la que en adelante alimente a los hijos.

BLÉPIRO. – ¿Y no tendré que bostezar desde el amanecer?

CREMES. – No, por cierto; todo es ya cuidado de las mujeres; tú te quedarás en casa con entera comodidad. Pero cuando el bien de la ciudad lo exige, debemos resignarnos; ya sabes que de antiguo se dice que nuestros más insensatos y descabellados decretos son los que suelen darnos los mejores resultados. ¡Atenea y demás diosas! Haced que así sea. Yo me voy. Pásalo bien.

PRAXÁGORA. – ¡Oh mujeres!, todos nuestros proyectos se han visto condenados por el éxito más favorable. Antes de que ningún hombre os vea, arrojad los mantos y dejad los bastones. Encárgate tú del tocado de esas mujeres; yo voy a entrar con precaución en casa antes de que me vea mi marido, y a poner el manto y demás prendas en el sitio de donde las cogí.

(Las mujeres barren y bailan con las escobas)

PRAXÁGORA. – Quedaos para que me aconsejéis sobre el ejercicio de la autoridad de que acabo de ser investida. Ya en medio del tumulto he tenido ocasión de observar vuestra energía para los más arduos negocios.

BLÉPIRO. – ¡Eh, Praxágora! ¿De dónde vienes?

PRAXÁGORA. – ¿Qué se te importa, querido mío?

BLÉPIRO. – ¿Qué se me importa? ¡Vaya una pregunta!

PRAXÁGORA. – Al menos no dirás que vengo de los brazos de un amante.

BLÉPIRO. – No de uno solo, quizá.

PRAXÁGORA. – Puedes averiguarlo.

BLÉPIRO. – ¿Cómo?

PRAXÁGORA. – Mira si mi cabeza huele a perfumes.

BLÉPIRO. – ¿Adónde has ido tan temprano y tan calladito, llevándote mi manto?

PRAXÁGORA. – Me ha enviado a llamar una de mis amigas, que estaba con dolores de parto.

BLÉPIRO. – ¿Y no podías habérmelo dicho antes de marcharte?

PRAXÁGORA. – Pero, marido mío, ¿había de dejarla sin asistencia en una necesidad tan urgente?

BLÉPIRO. – Bastaba una palabra. Aquí hay gato encerrado.

PRAXÁGORA. – ¡No, por las dos diosas! Fuí como estaba, porque me decía que acudiera a toda prisa.

BLÉPIRO. – ¿Y por qué no llevaste tus vestidos? Lejos de eso, te apoderas de los míos, me echas encima la túnica y te largas, dejándome como a un cadáver, salvo las coronas y los perfumes.

PRAXÁGORA. – Hacía frío, y yo soy débil y delicada y te cogí el manto por llevar más abrigo; además, marido mío, te dejé bien calentito bajo las colchas.

BLÉPIRO. – Y los zapatos espartanos y el bastón, ¿para qué te los llevaste?

PRAXÁGORA. – Para defender el manto, cambié mis zapatos por los tuyos y me fuí a imitación tuya pisando con gran fuerza y golpeando las piedras con el bastón.

BLÉPIRO. – ¿Sabes que te has perdido un sextario de trigo, que me hubieran dado en la asamblea?

PRAXÁGORA. – No te apures; ha tenido un niño.

BLÉPIRO. – ¿La asamblea?

PRAXÁGORA. – No hombre, la mujer que me ha llamado. Pero ¿de verás ha habido asamblea?

BLÉPIRO. – Sí, por cierto; ¿no te acuerdas que te lo dije ayer?

PRAXÁGORA. – Sí, ahora recuerdo.

BLÉPIRO. – ¿Sabes lo que se ha resuelto en ella?

PRAXÁGORA. – No.

BLÉPIRO. – Pues hija mía, en adelante ya puedes tratarte a cuerpo de rey. Dicen que se os ha encomendado la república.

PRAXÁGORA. – ¿Para qué? ¿Para hilar?

BLÉPIRO. – No, para administrar...

PRAXÁGORA. – ¿El qué?

BLÉPIRO. – Todos los asuntos del Estado.

PRAXÁGORA. – ¡Por Afrodita! La república será feliz en adelante.

BLÉPIRO. – ¿Por qué?

PRAXÁGORA. – Por mil razones. No se permitirá a los atrevidos mancharla con torpes atentados, ni levantar falsos testimonios, ni hacer calumniosas delaciones...

BLÉPIRO. – De ningún modo hagas eso, por todos los dioses; ¿no veis que os vais a quitar los medios de vivir?

TODAS. – Calla y deja hablar a tu mujer.

PRAXÁGORA. – Ni robar, ni envidiar a los vecinos, ni estar desnudo, ni ser pobre, ni injuriar, ni tomar prendas a los deudores. Yo confío en la bondad de mis consejos; pero mucho temo que los espectadores no quieran aceptar mis novedades y se aferren a las antiguas y acostumbradas prácticas; eso es lo que me inquieta.

BLÉPIRO. – No temas por tus innovaciones; al contrario, el apetecerlas y aceptarlas es nuestro flaco, así como despreciar lo antiguo.

PRAXÁGORA. – Pues bien; que nadie me contradiga ni interrumpa antes de conocer mi sistema y de haberme oído. Quiero que todos los bienes sean comunes y que todos tengan igual parte en ellos y vivan de los mismos: que no sea éste rico y aquél pobre; que no cultive uno un inmenso campo y otro no tenga donde sepultar su cadáver; que no haya quien lleve cien esclavos y quien carezca de un solo servicio; en una palabra: establezco una vida común e igual para todos.

BLÉPIRO. – ¿Y el que no posee tierras, sino dinero, darle otras riquezas que no están a la vista?

PRAXÁGORA. – Las aportará al fondo común, y si no, será reo de perjurio.

BLÉPIRO. – Como que por ese medio las ha ganado.

PRAXÁGORA. – Pero no le servirán absolutamente de nada.

BLÉPIRO. – ¿Por qué?

PRAXÁGORA. – Porque la pobreza no obligará a trabajar a nadie. Todo será de todos: panes, pescados, pasteles, túnicas, vinos, coronas y garbanzos.

BLÉPIRO. – Si alguno ve a una linda muchacha y se le antoja gozar de sus encantos, con los bienes reservados podrá hacerle un obsequio, y de este modo obtener su amor, sin dejar de percibir su parte de los bienes comunes.

PRAXÁGORA. – Es que lo podrá obtener gratis. Pues yo haré que las mujeres sean también comunes y den hijos al que los quiera.

BLÉPIRO. – Pero ¿no ves que todos se dirigirán a la más hermosa?

PRAXÁGORA. – Las más feas e imperfectas estarán junto a las más lindas, y todo el que solicite a una de éstas deberá antes consumir un turno con las primeras.

BLÉPIRO. – Pero ¿no ves que, conforme a tu sistema, los ya machuchos estaremos exhaustos cuando lleguemos a las hermosas? Y los hombres, ¿qué haremos? Pues las mujeres rechazarán a los feos y se entregarán a los hermosos.

PRAXÁGORA. – Los hombres feos acecharán a los hermosos al salir de los banquetes y en los sitios públicos, y no se permitirá tampoco a las mujeres cohabitar con los buenos mozos sin haber cedido antes las instancias de los deformes y chiquituelos.

BLÉPIRO. – Pero si vivimos de esa manera, ¿cómo podrá cada cual reconocer a sus hijos?

PRAXÁGORA. – ¿Y qué necesidad hay? Los jóvenes creerán que son sus padres todas las personas de más edad.

BLÉPIRO. – Ya... Pero ¿y quién cultivará la tierra?

PRAXÁGORA. – Los esclavos. Tú no tendrás más que hacer que acudir limpio y perfumado al banquete.

BLÉPIRO. – ¿Quién nos proporcionará los vestidos? Quisiera saber esto.

PRAXÁGORA. – Usad por de pronto los que tenéis; después ya os haremos otros.

BLÉPIRO. – ¡Muy bien, por Demeter! ¿Y no habrá ladrones?

PRAXÁGORA. – ¿Quién ha de robar siendo comunes los bienes?

BLÉPIRO. – ¿No asaltarán de noche a los transeúntes?

PRAXÁGORA. – No, por cierto.

BLÉPIRO. – ¿No habrá juegos de azar?

PRAXÁGORA. – ¿Qué se ha de ganar jugando?

BLÉPIRO. – ¿Qué género de vida vas a establecer?

PRAXÁGORA. – Un comunismo perfecto. Atenas será como una sola casa, en que todo pertenecerá a todos, hasta el punto de que se podrá pasar libremente de una habitación a otra. Ahora tengo que ir a la plaza a recibir los bienes que vayan depositandose, y a escoger por heraldo una mujer de buena voz. Es un deber ineludible que me impone mi cualidad de jefe y la necesidad de proveer a a mesa común, si he de daros hoy, como pienso, el primer banquete.

BLÉPIRO. – Anda, yo te acompañaré para que miren los transeúntes y digan: mirad el marido de nuestra generala.

CIUDADANO PRIMERO. – Voy a preparar mis enseres para llevarlos a la plaza, y a hacer inventario de toda mi hacienda. Ven, hermosa zaranda, tú eres mi bien más precioso; ven a servir de Canéfora en la procesión de mis muebles. ¿Dónde está mi olla? ¡Qué negra está, justo cielo! No lo estaría más si en ella se hubiesen cocido las drogas con que Lisícrates se tiñe las canas. Ponte a su lado, lindo tocador; y tú, trípode, desempeña las funciones de hidriáfora; a ti, oh gallo, cuyo canto matinal me ha despertado tantas veces para ir a la asamblea, te reservo el papel de citarista. Adelántate, escacéfora, con el gran cuenco de la miel cubierto por entrelazadas ramas de oliva, y tráete también los dos trípodes y la alcuza. Los pucheros y demás menudencias, que se queden ahí.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¿Yo entregar mis bienes? ¡Qué insensatez! ¡Qué locura! Jamás lo haré. Pues qué, ¿he de sacrificar sin más ni más el fruto de mis sudores y economías antes de saber a fondo todo lo que hay? –¡Eh, tú! ¿Qué significan esos muebles? ¿Con qué objeto los has sacado? ¿Vas a mudarte de casa, o los llevas a empeñar?

CIUDADANO PRIMERO. – No.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¿Pues para qué has puesto en fila todo tu ajuar?

CIUDADANO PRIMERO. – Voy a depositarlo en la plaza pública, conforme a la última ley.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¿A depositarlo?

CIUDADANO PRIMERO. – Sí.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¡Por Zeus salvador, tú estás loco!

CIUDADANO PRIMERO. – Pues qué, ¿no debo cumplir las leyes?

CIUDADANO SEGUNDO. – ¿Cuáles? ¡Desdichado!

CIUDADANO PRIMERO. – Las promulgadas.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¿Las promulgadas? ¡Qué imbécil eres!

CIUDADANO PRIMERO. – ¿Imbécil?

CIUDADANO SEGUNDO. – Sí, amigo; y el más tonto de todos los tontos habidos y por haber.

CIUDADANO PRIMERO. – ¿Porque cumplo las prescripciones legales?

CIUDADANO SEGUNDO. – Pues qué, ¿un hombre honrado tiene ese deber?

CIUDADANO PRIMERO. – Es el principal.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¡Estúpido rematado!

CIUDADANO PRIMERO. – Pero, ¿tú no piensas depositar tus bienes?

CIUDADANO SEGUNDO. – Me guardaré muy bien, antes de ver la decisión que adopta la mayoría.

CIUDADANO PRIMERO. – ¿Puede ser otra que la de llevar al fondo común todos los bienes?

CIUDADANO SEGUNDO. – Cuando lo vea, lo creeré.

CIUDADANO PRIMERO. – Por las calles no se habla de otra cosa.

CIUDADANO SEGUNDO. – Se hablará.

CIUDADANO PRIMERO. – Todos dicen que van a llevar su parte.

CIUDADANO SEGUNDO. – Se dirá.

CIUDADANO PRIMERO. – Me matas con tu desconfianza.

CIUDADANO SEGUNDO. – Se desconfiará.

CIUDADANO PRIMERO. – ¡Qué Zeus te confunda!

CIUDADANO SEGUNDO. – Se te confundirá. ¿Crees que todo ciudadano que tenga un átomo de juicio ha de llevar nada? No estamos acostumbrados a dar: sólo nos gusta recibir, en lo cual imitamos a los dioses.

CIUDADANO PRIMERO. – ¡Miserable! Déjame cumplir con mi deber.

CIUDADANO SEGUNDO. – Pero, ¿de veras lo vas a llevar?

CIUDADANO PRIMERO. – Sí, por cierto; mira, ya he atado este par de trípodes.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¡Qué locura! ¿Por qué no esperas a ver lo que hacen los demás, y después...?

CIUDADANO PRIMERO. – Después, ¿qué?

CIUDADANO SEGUNDO. – Esperar de nuevo y dar tiempo.

CIUDADANO PRIMERO. – ¿A qué?

CIUDADANO SEGUNDO. – A que haya un terremoto, o un relámpago de mal agüero, o a que pase una comadreja, y verás, imbécil, cómo nadie lleva nada al fondo común.

CIUDADANO PRIMERO. – Tendría gracia que por estar esperando no encontrase dónde depositar mis cosas.

CIUDADANO SEGUNDO. – No te apures por eso, y sí de cómo las has de recuperar. Aunque tardes un mes, hallarás sitio de sobra.

CIUDADANO PRIMERO. – ¿Cómo?

CIUDADANO SEGUNDO. – Yo los conozco perfectamente. En seguida dan un decreto, y después no lo cumplen.

CIUDADANO PRIMERO. – Todos aportarán sus bienes, amigo.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¿Y si no los aportan?

CIUDADANO PRIMERO. – No te quepa duda, los aportarán.

CIUDADANO SEGUNDO. – Y si no los aportan, ¿qué?

CIUDADANO PRIMERO. – Les obligaremos.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¿Y si son más fuertes?

CIUDADANO PRIMERO. – Dejaré mis muebles y me iré.

CIUDADANO SEGUNDO. – Y si te los venden, ¿qué?

CIUDADANO PRIMERO. – ¡Ojalá revientes!

CIUDADANO SEGUNDO. – Y si reviento, ¿qué?

CIUDADANO PRIMERO. – Harás perfectamente.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¿De modo que persistes en llevarlos?

CIUDADANO PRIMERO. – Sí, por cierto, pues ya veo a mis vecinos que se disponen a llevar los suyos.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¡Este hombre quiere arruinarse!

CIUDADANO PRIMERO. – ¡Maldiciente!

CIUDADANO SEGUNDO. – ¿Maldiciente? ¿Pues no estamos viendo todos los días decretos semejantes? ¿No te acuerdas de aquel que se dió sobre la sal?

CIUDADANO PRIMERO. – Me acuerdo.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¿Y de aquel otro sobre las monedas de cobre? ¿Te acuerdas? ¿Y del nuevo impuesto del 40% sobre las rentas más ricas?

CIUDADANO PRIMERO. – Las circunstancias han variado. Entonces gobernábamos nosotros, y, ahora, las mujeres.

CIUDADANO SEGUNDO. – ¡Por Poseidón, ya tendré buen cuidado de que no se meen en mis barbas!

HERALDO. – Ciudadanos, acudid todos, pues empieza a entrar en vigor la nueva ley; presentaos a nuestra generala, para que la suerte designe el lugar donde cada uno debe comer; ya están las mesas dispuestas y cargadas de manjares exquisitos, y los lechos adornados de colchas y tapices; ya el agua y el vino se mezclan en las crateras junto a la fila de las mujeres encargadas de los perfumes; ya se asan pescados, se clavan liebres en los asadores, se tejen coronas y se fríen pastelillos; las jóvenes cuidan los puches de habas que hierven en las ollas. Venid, el panadero os espera; ejercitad bien vuestras mandíbulas.

CIUDADANO SEGUNDO. – Sí, iré. ¿Por qué me había de retrasar cuando el Estado lo manda?

CIUDADANO PRIMERO. – ¿Adónde vas sin haber depositado tus bienes?

CIUDADANO SEGUNDO. – Al banquete.

CIUDADANO PRIMERO. – Si las mujeres tienen un átomo de juicio, no lo consentirán antes de que hagas el depósito.

CIUDADANO SEGUNDO. – Ya lo haré.

CIUDADANO PRIMERO. – ¿Cuándo?

CIUDADANO SEGUNDO. – Te aseguro que habrá otros menos solícitos que yo.

CIUDADANO PRIMERO. – Y mientras tanto, ¿vas a comer?

CIUDADANO SEGUNDO. – Pues, ¿qué he de hacer? Todo hombre sensato debe prestar su apoyo a la ciudad.

CIUDADANO PRIMERO. – ¿Y si te prohíben entrar?

CIUDADANO SEGUNDO. – Bajaré la cabeza y entraré.

CIUDADANO PRIMERO. – ¿Y si te apelan?

CIUDADANO SEGUNDO. – Las denunciaré.

CIUDADANO PRIMERO. – ¿Y si se ríen de ti?

CIUDADANO SEGUNDO. – Me apostaré a la puerta...

CIUDADANO PRIMERO. – ¿Y qué harás?

CIUDADANO SEGUNDO. – Y arrebataré al paso los manjares.

CIUDADANO PRIMERO. – Anda pues; pero detrás de mí.

(A las ventanas de dos casas próximas se asoman una VIEJA y una JOVEN)

VIEJA PRIMERA. – ¿Cómo no vendrá ningún hombre? Pues ya es hora pasada. Yo me estoy aquí llena de albayalde vestida de azafrán, cantando entre dientes, loqueando y dispuesta a arrojarme en brazos del primer transeúnte. ¡Oh, Musas! Descended a mis labios e inspirarme una voluptuosa canción al jónico modo.

LA JOVEN. – ¿Te has asomado a la ventana antes que yo, vieja podrida? Creías, sin duda que estando yo ausente ibas a vendimiar la viña abandonada y a atraer alguno con las canciones. Si tu haces eso, yo también cantaré.

VIEJA PRIMERA. – Habla con ese carcamal y llévatelo. *(al joven)* Tú mi joven flautista; coge tus instrumentos y toca una melodía digna de ti y de mí. Quien ame el placer, debe buscarlo en mis brazos. Las jovencitas carecen de la experiencia, dote de las ya maduras. *(cantando)* “Ninguna sabe querer como yo a mi amigo; a todas les gusta volar de flor en flor...”.

LA JOVEN. – No hables mal de las jóvenes: el placer reside en su cuerpo delicado y florece en su blanco seno. *(cantando)* “Tu, vejestorio, estás expuesta, sólo la muerte te llamará mi amor”.

VIEJA PRIMERA. – ¡Ojalá pierdas la sensibilidad! ¡Ojalá no encuentres lecho cuando quieras entregarte a un hombre! ¡Ojalá al ir a besarle estreches una víbora contra tu corazón!

LA JOVEN. – ¡Ay! ¡Ay! ¿Qué haré? no viene mi amigo. estoy sola; mi madre ha salido y de las demás me importa poco.

VIEJA PRIMERA. – (*cantando*) “Pobrecilla, eres apasionada como una Jonia, y no me pareces novicia en los placeres de Lesbos. Pero no podrás arrebatarme mis placeres ni robarme un solo instante de las deliciosas horas que me pertenecen”.

LA JOVEN. – Canta cuanto quieras y alarga el hocico por la ventana como una gata; a pesar de todo, nadie entrará en tu casa antes que en la mía.

VIEJA PRIMERA. – Si entran, será para llevarte a enterrar.

LA JOVEN. – Sería una cosa nueva, vieja podrida.

VIEJA PRIMERA. – No, por cierto.

LA JOVEN. – Claro, ¿qué puede decirse de nuevo a una vieja?

VIEJA PRIMERA. – ¿Por qué me hablas?

LA JOVEN. – ¿Por qué miras?

VIEJA PRIMERA. – ¿Yo? Le canto a solas a Epígenes, mi amante.

LA JOVEN. – ¿Tienes más amante que Geres?

(*Entra en escena el joven*)

VIEJA PRIMERA. – El mismo Epígenes te lo probará: va a venir dentro de poco. Míralo, ahí está.

LA JOVEN. – Pero no piensa en ti, vieja bribona.

VIEJA PRIMERA. – Sí, por cierto, apestada.

LA JOVEN. – Él mismo nos lo probará: yo me retiro de la ventana.

VIEJA PRIMERA. – Y yo también, para que veas que no me engaño.

(*Desaparecen de la ventana las dos*)

EL JOVEN. – (*al público*) ¡Oh! ¡Si pudiese estrechar entre mis brazos a la joven, sin sufrir antes las caricias de la vieja! Esto es intolerable para un hombre libre.

VIEJA PRIMERA. – (*Aparece en la ventana y desaparece*) ¡Por Zeus! Las sufrirás, mal que te pese. No creas que esta es una vejez caída en desuso. La ley ha de cumplirse, pues vivimos bajo un régimen democrático. Me retiro para observar sus movimientos.

EL JOVEN. – Ojalá, ¡oh dioses!, encuentre sola a aquella linda muchacha. El vino, que me enardece, me hace venir a buscarla.

LA JOVEN. – (*Aparece y desaparece*) He engañado a la maldita vieja. Se retiró, creyendo que yo me iba a estar en casa.

VIEJA PRIMERA. – (*Aparece en la ventana*) Es el mismo, el mismo de quien hablamos. – Ven acá, dueño mío; ven a pasar la noche entre mis brazos. Los bucles de tus cabellos me tienen loca de amor; una pasión frenética arde en mi pecho y me consume. Oye mis súplicas, Eros, y haz que venga a compartir mi cama.

EL JOVEN. – (*A la ventana entreabierta de la joven*) Ven acá, ven acá; baja a abrir la puerta, si no quieres verme morir en su dintel. ¡Oh amada mía! Quiero embriagarme con tus caricias. ¡Oh Afrodita! ¿Por qué me inspiras este frenético deseo? –Oye mis súplicas, Cupido, y haz que venga a compartir mi tálamo. ¡Qué impotente es la palabra para pintar mi pasión! Abre la puerta, dulce amiga; estréchame entre tus brazos; pon fin a mi tormento. Ídolo mío, hija de Afrodita, abeja de las musas, alumna de la gracia, vivo retrato del placer; abre la puerta, estréchame entre tus brazos; pon fin a mi tormento.

VIEJA PRIMERA. – ¡Eh tú! ¿Por qué me llamas? ¿Me buscas?

EL JOVEN. – No.

VIEJA PRIMERA. – Sin embargo, llamabas.

EL JOVEN. – ¡Antes morir!

VIEJA PRIMERA. – ¿Por qué vienes con esa antorcha?

EL JOVEN. – Busco a un hombre de Anaflisto. Voy a llamar a esa puerta.

VIEJA PRIMERA. – Después de haber llamado a la mía.

(*Baja a escena*) Sé que me amas, sólo que estás asombrado de verme fuera; vamos, dame un beso.

EL JOVEN. – Pero, amiga mía, tengo miedo a tu amante.

VIEJA PRIMERA. – ¿A cuál?

EL JOVEN. – A aquel excelente pintor.

VIEJA PRIMERA. – ¿Quién es?

EL JOVEN. – Uno que pinta vasos sobre los féretros. Entra pronto, no vaya a verte en la puerta.

VIEJA PRIMERA. – Ya sé, ya sé lo que tú quieres.

EL JOVEN. – También sé yo lo que quieres tú.

VIEJA PRIMERA. – Mas te juro por Afrodita -que me ha favorecido- que no te he de soltar.

EL JOVEN. – Chocheas, viejecita mía.

VIEJA PRIMERA. – Y tú chanceas; pero tendrás que compartir mi lecho.

EL JOVEN. – ¿Qué necesidad hay de comprar ganchos para sacar los cubos de los pozos? Con echar esta vieja se conseguirá el mismo objeto.

VIEJA PRIMERA. – Déjate de burlas, pobre muchacho, y sígueme.

EL JOVEN. – Ninguna obligación tengo.

VIEJA PRIMERA. – Por Afrodita, sígueme: a mí nada me complace tanto como el amor de los muchachos de tu edad.

EL JOVEN. – Pues a mí nada me desagrada tanto como el amor de las viejas de tu edad; jamás podré quererlas.

VIEJA PRIMERA. – ¡Por Zeus! Esto te obligará.

EL JOVEN. – ¿Qué es eso?

VIEJA PRIMERA. – Un decreto con el cual tienes que entrar en mi casa.

EL JOVEN. – Dilo y veamos.

VIEJA PRIMERA. – Escucha:

(leyendo y mirando a la joven en la ventana). “Han resuelto las mujeres que cuando un joven ame a una doncella no podrá gozar de sus favores sin haber otorgado previamente los suyos a una anciana: si atento sólo a su pasión por la joven se negase a cumplimentar el precitado requisito, las mujeres de avanzada edad tendrán derecho a prenderle y a arrestarle impunemente por donde más lo sienta”.

EL JOVEN. – ¡Ay de mí! *(mientras hace como que le cogen por los cojones)* Voy a ser un nuevo Procusto.

VIEJA PRIMERA. – Es necesario obedecer nuestras leyes.

EL JOVEN. – ¿Y si alguno de mis amigos o conciudadanos viniese a rescatarme?

VIEJA PRIMERA. – Como si Diomedes lo ordenase.

EL JOVEN. – Pues bien, extiende una capa de orégano sobre cuatro ramas; cíñete de bandas la cabeza, y coloca junto a ti los vasos de perfumes y en la puerta el cántaro de agua lustral.

VIEJA PRIMERA. – *(mientras arrastra al joven a su casa).* Y también me comprarás una corona.

EL JOVEN. – ¡Sí, por Zeus! Con tal que sea de cirios, pues creo que morirás en cuanto entres en tu casa.

(Sale la joven de la casa al escenario)

LA JOVEN. – ¿Adónde arrastras a ese joven? *(cogiéndole del otro brazo)*

VIEJA PRIMERA. – A mi casa; porque es mío.

LA JOVEN. – Es una locura. Es demasiado joven para ti. Con ese sistema vais a llenar el mundo de Edipos *(empuja a la vieja)*.

VIEJA PRIMERA. – Calla, víbora. La envidia te hace hablar así: pero la has de pagar *(escupiendo)*

EL JOVEN. – ¡Por Zeus salvador! ¡Qué gran servicio me has prestado librándome de esa vieja! ¡Esta noche te probaré mi ardiente gratitud)

(Aparece la vieja segunda).

VIEJA SEGUNDA. – ¡Eh! ¡Eh! ¿Adónde te llevas a ese? Según la ley, mi derecho a sus brazos es preferente!

EL JOVEN. – ¡Oh desdichada! ¿De dónde sales, vieja condenada? Esta es mil veces peor que la primera.

VIEJA SEGUNDA. – Ven acá.

EL JOVEN. – *(a la joven)*. ¡Por todos los dioses! No dejes que esa vieja me obligue a seguirla.

VIEJA SEGUNDA. – La ley te obliga; yo, no.

VIEJA TERCERA. – ¡Eh tú! ¿Adónde vas con esa vieja?

EL JOVEN. – No voy, me llevan. Quienquiera que seas, ojalá te colme el cielo de bendiciones, por venir a ayudarme en este apuro. *(Se da cuenta del aspecto de la vieja tercera)* ¡Oh Panes! ¡Oh Coribantes! ¡Oh Dióscuros! Ese monstruo es infinitamente más horrible. Pero, ¿qué es, Zeus poderoso? ¿Es una mona rebozada en albayalde, o el espectro de una vieja vuelta de los infiernos?

VIEJA TERCERA. – No te burles, y sígueme por aquí.

VIEJA SEGUNDA. – No, por aquí.

VIEJA TERCERA. – Nunca te soltaré.

VIEJA SEGUNDA. – Yo tampoco.

EL JOVEN. – Me vais a descuartizar, viejas malditas.

VIEJA SEGUNDA. – La ley manda que me sigas.

VIEJA TERCERA. – Como no se presente otra vieja más fea.

EL JOVEN. – ¿Con cuál de vosotras debo cumplir primero?

VIEJA SEGUNDA. – ¿No lo sabes? Ven conmigo.

EL JOVEN. – Pues que me suelte esta otra.

VIEJA TERCERA. – No; ven conmigo.

EL JOVEN. – Iré, si esta me suelta.

VIEJA SEGUNDA. – Pues yo no te suelto.

VIEJA TERCERA. – Ni yo.

EL JOVEN. – Sois muy malas barqueras, pues tengo que partirme en dos para daros gusto. Pero, ¿cómo he de poder manejar dos remos a un mismo tiempo?

VIEJA SEGUNDA. – Muy fácilmente, comiéndote un puchero de cebollas.

EL JOVEN. – ¡Ay de mí! ¡Ya estoy junto a la puerta!

VIEJA TERCERA. – (*a la vieja segunda*) Nada conseguirás, porque entraré contigo.

EL JOVEN. – ¡Negro infortunio! Permanecer todo el día y toda la noche en brazos de una vieja hedionda, y para fin de fiesta caer de nuevo entre los de esa rana cuyas mejillas parecen dos alcuzas. ¿Hay desgracia como la mía?

HERALDO. – ¡Qué felicidad la del pueblo ateniense! ¡Qué felicidad la mía! ¡Y, sobre todo, qué felicidad la de mi señora!

¡Felices todos vosotros, vecinos y conciudadanos, y cuantos estáis a nuestras puertas; y feliz con ellos yo, simple sirvienta, que he llenado mi cabellera de perfumes! Pero el perfume de las ánforas llenas de vino de Tasos es más exquisito todavía. ¡Echadme vino! Pero amigas, decidme dónde está mi dueño, el marido de mi señora.

CORO. – Si te quedas ahí lo encontrarás.

HERALDO. – Tenéis razón: ya viene a cenar. ¡Oh, dueño mío! ¡Hombre feliz! ¡Hombre mil veces feliz!

BLÉPIRO. – ¿Yo?

HERALDO. – Sí, tú; y más feliz que ninguno, por Zeus. ¿Puede haber nadie más dichoso que tú, que en una población de más de treinta mil ciudadanos eres el único que no ha cenado? Pero, ¿adónde vas?

BLÉPIRO. – A cenar. ¡Vamos todos a cenar!

FIN